

## ELECCIONES EN ITALIA



# RECUPERAR LA CONFIANZA

**E**L jueves día 9 de diciembre, a las 10,30 horas, los 1.008 «grandes electores» (630 diputados, 320 senadores y 58 delegados regionales) que se reunieron en Montecitorio para votar, bien por Amintore Fanfani, presidente del Senado y uno de los principales dirigentes de la democracia cristiana; bien por Francesco de Martino, vicepresidente socialista del actual gobierno de coalición, no tenían en absoluto la impresión de estar repre-

sentando una anacrónica *commedia dell'arte*.

En Italia, el presidente de la República no es una simple figura decorativa. Sus atribuciones son muchas y su poder extraordinario. No sólo porque su mandato dura siete años en un régimen que ha tenido en veinte años treinta y tres gobiernos. No sólo porque es jefe de los ejércitos y primer magistrado del país, sino porque tiene además, entre otras, la facultad de disolver

ambas cámaras: hasta ahora ningún presidente ha considerado oportuno tomar esa medida, pero esto no quiere decir que no pueda ocurrir algún día. El presidente es también el único que puede decidir sobre la conveniencia de proclamar el estado de excepción y, según están las cosas, nadie excluye la posibilidad de que lo haga.

Pero al margen de las atribuciones previstas por la constitución hay otras avaladas por la costum-

bre. Se admite, por ejemplo, que el jefe del Estado otorgue a las personalidades de su partido que le son adictas los puestos ministeriales clave: el ministerio de Defensa nacional, que controla los servicios secretos, y el ministerio de Finanzas, que distribuye los fondos secretos. Además, el presidente es el interlocutor privilegiado del Papa. Y, en un país en el que el Estado posee el 80 por 100 de la industria siderúrgica, las dos terceras partes de

los bancos, la totalidad de los transportes marítimos y gran parte de las industrias químicas, farmacéuticas y de electrodomésticos, el jefe del Estado oficia de árbitro de este auténtico capitalismo de Estado que se inició en Italia con las nacionalizaciones llevadas a cabo por el fascismo mussoliniano. Los representantes de las dos organizaciones gigantes de los patronos italianos (la Confindustria y la Intesinda) acuden con bastante frecuencia al Quirinal.

Por si fuera poco, en este mes de diciembre de 1971 la situación es muy particular. Ha terminado el famoso «milagro económico italiano». El prodigioso dinamismo tecnológico que transformó en cuestión de años a este país predominantemente agrícola en una sociedad industrial avanzada se fundaba esencialmente en el bajo precio de la mano de obra y en las excepcionales posibilidades de exportación. La mano de obra se ha encarecido mientras tanto considerablemente, la producción ha descendido, los precios han dejado de ser competitivos, la competencia extranjera se presenta amenazadora, sobre todo después de las medidas económicas adoptadas por el presidente Nixon, que obligan a alemanes y japoneses a buscar nuevos mercados en Europa.

Cuando hace unas semanas se reunieron en Roma los diez ministros de Finanzas a fin de preparar un acuerdo entre los países más ricos del mundo, la impresión que recibieron fue la de que Italia padecía cierto vértigo. Los dos síntomas más evidentes de esta situación son, por un lado, la amenaza que representa para la pequeña y mediana industria —tan floreciente desde el «boom» económico— el extraordinario movimiento de concentración actual (en el sector del automóvil, los electrodomésticos, las empresas químicas y farmacéuticas), y por otro, el descenso brutal de las inversiones, sobre todo en la construcción.

Como había previsto Ugo La Malfa, esta crisis de confianza preocupa hoy a los dirigentes italianos de cualquier partido más que el desorden universitario, las reivindicaciones sindicales o la contestación generalizada. Ya veremos por qué. Conviene, sin embargo, aclarar antes de nada que la gran mayoría de los italianos esperan sinceramente que el nuevo presidente de la República sabrá restablecer «la confianza»...

De las entrevistas por mí celebradas —numerosas y en todos los medios, a excepción del M. S. I., el partido neofascista— saqué la singular impresión de que, a pesar de la seriedad de las advertencias formuladas por los pensadores izquierdistas, la mayoría de los responsables italianos, hasta en los sindicatos más comprometidos, se confiaba en la posibilidad de sacar partido del sistema actual. Esto

puede resultar normal, tanto en la derecha como en el centro. Pero, ¿y en la izquierda? Sobre todo en el seno de ese poderoso partido comunista que cuenta con 1.500.000 miembros, controla tres regiones enteras, posee mil empresas y se apoya en una central sindical gigante, constituyendo un Estado dentro del Estado, si no una especie de contrasociedad dentro de la sociedad.

Pues, bien, en la izquierda se parte de un principio absoluto: en la situación actual, la crisis no puede más que fomentar el fascismo. El «catastrofismo revolucionario» está considerado como una utopía dramática. Estimar que la pobreza, el

paro y la explosión económica podrían provocar una «toma de poder por parte del proletariado» es volver a un fascismo más grave por su carácter mismo de insidioso que el del régimen de los coroneles griegos. «Es también renunciar a todo lo conseguido hasta la fecha». ¿Quién es el que así habla? ¿Un discípulo de Nenni, ese glorioso anciano socialista al que se ha acusado de airear la amenaza comunista con el único objeto de hacer tragar a los demás su anticomunismo? ¿Uno de los jefes históricos del partido comunista, con los que he mantenido en Roma cordiales conversaciones? No. Se trata

del más joven y «revolucionario» —por todo lo que ha hecho hasta ahora merece tal epíteto— de los dirigentes sindicalistas de la metalurgia, Bruno Trentin. ¿Qué dice este hombre elegante y sobrio, al que nos cuesta menos imaginar en la universidad de Harvard (de la que además ha sido profesor) que entre los metalúrgicos del Norte; ese militante comunista que por haber contribuido a la famosa revolución cultural en los sindicatos que tanto influyó en la vida política e industrial italiana es tan respetado por los izquierdistas del «Manifiesto» como por los de la «Lotta continua» o los del «Potere operaio»? En un año Bruno Trentin ha conseguido, con sus camaradas comunistas y socialistas (pero también con el apoyo de los católicos y de los trabajadores no sindicados) lo que los partidos políticos no habían podido lograr en quince años: la jubilación a los sesenta años con los dos tercios del último salario.

Para ello ha tenido que organizar cinco huelgas generales, llegando incluso a luchar contra su propio partido, que se contentaba con exigir una mejora en las pensiones de los actuales jubilados. Trentin ha tenido que transformar la mentalidad de los delegados sindicales y hasta el modo de designación de estos delegados: ya no hay candidatos; todos los obreros, sin excepción, sindicales o no, reciben una hoja en blanco, en la que anotan el nombre del camarada propuesto por ellos. Por último, Trentin ha tenido que conseguir de los obreros que rechazasen los aumentos de sueldos ofrecidos por la dirección en sustitución de las reivindicaciones cualitativas, lo que constituye un hito en la historia del movimiento sindical.

En todo caso se habían dado las condiciones para que, como dice Bruno Trentin, los sindicalistas perdiesen la cabeza, se emborrachasen con su victoria y llegasen a pensar que el auténtico y único poder estaba en sus manos.

Movidos por su entusiasmo, los sindicalistas hicieron entonces frente al problema de la vivienda. Ahí fue, precisa Bruno Trentin, donde por fin descubrieron los límites del poder sindical. Dentro de un medio determinado este poder resulta eficaz, considerable, es capaz de transformarlo todo y arrastrar consigo a los partidos. Cuando, por el contrario, se trata de un problema general en el que los diferentes medios tienen intereses divergentes, en el que la unidad de acción resulta, por este mismo hecho, muy difícil y donde el partido político, aguijoneado por la fuerza sindical, se impone como una necesidad. Y hasta en el seno de una acción precisa podemos conocer fracasos. Bruno Trentin considera como un fracaso el hecho reciente de que los ingenieros y cuadros técnicos de la Alfa

## JEAN DANIEL

Francesco de Martino deposita su voto en el cesto rojo.



## RECUPERAR LA CONFIANZA

Romeo se lanzasen a una huelga antiobrera. "Volveremos a la fábrica cuando se restablezca nuestra autoridad", manifestaron los cuadros. En opinión del dirigente de los metalúrgicos eso significa que los sindicalistas, mal apoyados por los partidos de izquierda, no han conseguido ganar para su causa a los asalariados superiores.

Ahora bien, Trentin opina que tal logro es indispensable en una sociedad industrial. Esos cuadros pueden abocar a un «catastrofismo» que no será en absoluto revolucionario. Contribuirán a suscitar esa necesidad de orden que hace deseable la presencia en el Quirinal de un hombre fuerte.

Cuando los sindicalistas, los comunistas y los «managers» hablan de «mantener lo conseguido», ¿a qué se refieren exactamente? Es evidente la tendencia burocrática del partido comunista a crigrirse en su propio fin, a rechazar la conquista violenta del poder y a presentarse como partido del gobierno. Las regiones controladas por el P. C. I. pasan por ser objeto de una gestión eficaz y virtuosa, pero no puede decirse que sean especialmente revolucionarias. El único ejemplo de un cambio radical es la decisión tomada por el municipio comunista de Bologne de establecer la gratuidad de los transportes en las horas punta. Pero se considera en general como una conquista insustituible el hecho de haber salido del subdesarrollo. Amendola y Pajetta me hablaron del pasado italiano en términos parecidos a los que, según se dice, emplean los chinos para referirse a la época anterior a Mao. A pesar de la desolación de las regiones del Sur, de Sicilia, de Cerdeña, a pesar de la suerte de los «inmigrantes del interior», a pesar del miserable espectáculo que puede ofrecer una ciudad como Nápoles, por ejemplo, los comunistas estiman haber conseguido de los patronos reformas tan radicales que no cierran la puerta, ni mucho menos, a una revolución socialista por medios «legales». La cuestión era ponerse de acuerdo sobre el significado de la palabra «socialismo».

Los sindicalistas consideran sencillamente que esa revolución de la que tanto se habla en los medios universitarios es algo que ellos están realizando día tras día. Han demostrado su poder con la reciente y formidable unidad sindical que agrupa a 4.500.000 trabajadores. Intimidan al gobierno y a los patronos mediante una conjunción de firmeza y realismo en sus reivindicaciones. Tratan de mantener su independencia con respecto de los partidos políticos, a los que causan más de un disgusto. Han hecho tabla rasa de las viejas etiquetas. No se preguntan si tal o cual obrero es de derechas o de izquierdas: luchan contra el racismo antisudista que separa a los que viven bien

de los inmigrantes, así como contra las supervivencias del anticlericalismo.

Los responsables sindicales se muestran muy orgullosos en lo que se refiere a este último punto. No en vano han conseguido lo que el P. C. I. había buscado en vano: la unidad con los católicos. Gracias a los sindicalistas, el «pequeño mundo de Don Camilo» está en trance de desaparecer, y los comunistas han cambiado completamente de estrategia frente a la democracia cristiana. Es verdad que a los católicos «integristas de izquierda» se les acusa de ser más integristas que de izquierda, así como de tener la fuerza suficiente como para utilizar en provecho propio un movimiento de unidad. Pero se trata de un debate que los jóvenes revolucionarios consideran superado; tan sólo cuenta la orientación de ese movimiento. Mientras los par-

tidos entablan negociaciones más o menos oportunas en la cumbre, los sindicatos realizan por su parte la unidad de acción revolucionaria en la base. Al igual que los comunistas, los sindicalistas temían que se organizase un referéndum sobre el divorcio, porque sólo serviría para denunciar un falso abismo, anteponiendo los tabúes religiosos a la conciencia de clase.

Por su parte, los «managers», que constituyen ya una poderosa y abundante élite, consideran que Italia ha pasado del folklore mediterráneo a la eficacia europea. Hay en el partido socialista —que controla el ministerio del Plan— «managers» que se encogen de hombros cuando se les habla de los peligros de la tecnocracia y de las contradicciones de la sociedad de consumo. No pretenden generalizar su experiencia ni «ideologizar» sus posiciones. Son conscientes de que

en Italia, y en su sector, el aumento del nivel de vida en su aspecto cualitativo sólo se logra mediante la industrialización. Aquí no hay cabida, dicen, para la nostalgia de la vida rural, sencillamente porque es imposible tener nostalgia de la desgracia. Las opciones cualitativas del nuevo sindicalismo italiano seducen a estos «managers». Observan, por otro lado, que la reforma regional, de la que se habla poco en el extranjero, revela una «audacia increíble».

Italia está ahora dividida en veinte regiones, cada una de ellas dotada de una asamblea y de un gobierno elegidos por sufragio universal. La autonomía financiera es aún limitada. Pero, según esos planificadores, la sociedad italiana ha iniciado —casi sin darse cuenta— un proceso de multiplicación de los centros de decisión que conseguirá transformar en unos cuantos años las estructuras tradicionales del país. Cuando desaparezcan los prefectos ya no será posible limitar las atribuciones regionales. La centralización industrial será corregida y controlada obligatoriamente por la totalidad del país.

Así se ha llegado a desarrollar un instinto de conservación del sistema o más bien del «marco» del sistema, pues en su interior todo cambia, todo se transforma, todo cruje. Rara vez ha demostrado una sociedad una vitalidad, una imaginación y, al mismo tiempo, una vigilancia tan contagiosas. Como el folklore —es decir, el humor y el calor humanos— lo impregna absolutamente todo, el espectáculo de las elecciones italianas ejerce sobre cuantos somos sus testigos una gran fascinación. Todos los extranjeros llegados al país participan en el debate italiano como si les fuese propio. El nivel de discusión entre izquierdistas, sindicalistas y comunistas no sólo es más elevado que en cualquier otro país del mundo, sino que entraña una modificación del comportamiento de todos los participantes.

Se adivina que los izquierdistas están en franco desacuerdo sobre el «instinto de conservación». Estiman que es el propio sistema el que engendra la miseria, el paro y la explosión. Aun cuando consideran que sería desastroso que la izquierda tuviese que recibir en herencia una situación semejante.

Cuando aparezca este artículo quizá no se haya elegido aún al presidente de la República. La televisión ha fomentado el aspecto «competitivo deportivo» de la elección. Amintore Fanfani no ha conseguido ganarse la totalidad de los votos de la democracia cristiana. Hay por lo menos una cincuentena de católicos de izquierda que jamás votarán por Fanfani. Pero los socialistas aseguran al mismo tiempo que esos católicos no votarán por nada del mundo a favor de un laico.

De Martino ha conseguido casi todos los votos socialistas y comu-

Amintore Fanfani y Sandro Pertini.



nistas, demostrando así el carácter homogéneo de un bloque de izquierdas al que se han unido los cinco diputados del «Manifiesto». Faltan unos cuantos votos. En estas votaciones secretas se han producido muchas deserciones por convicción, pero, a veces, también por corrupción. En los cafés de la capital, las malas lenguas dicen que un voto puede costar hasta quince millones de liras. Los propios patronos han declarado abiertamente que habían "hecho desembolsos con motivo de la elección presidencial". A nadie parece sorprenderle la eventual utilización de tales fondos...

En realidad hay que hacer constar que, a pesar de todo, los candidatos en liza no son hombres mediocres. Los anteriores presidentes: Einaudi, Gronchi o Segni fueron todos ellos eminentes hombres de Estado. De todas formas, hoy se juzgará al presidente según la postura que adopte frente a los problemas más acuciantes que el país tiene planteados.

En primer lugar, tendrá que ingeniárselas para conseguir que pase una segunda ley (retrógrada) sobre el divorcio, a fin de evitar que se recurra al referéndum, como habían exigido los demócrata-cristianos al votar la primera ley (liberal). Hay quienes se resignan diciendo que después de todo son los partidarios del matrimonio quienes desean la aplicación de la ley, ya que el concubinato está generalmente aceptado como costumbre. Los italianos han aprendido a saltarse a la torera el matrimonio.

Por otro lado, tan pronto como los laicos consiguieron la aprobación de la ley sobre el divorcio, el Vaticano se apresuró a transmitir a los tribunales eclesiásticos la orden de simplificar y abaratar las «nulaciones de matrimonio» de modo que pudiesen competir con los divorcios laicos. En efecto, más que la indisolubilidad de los lazos matrimoniales, preocupa a la jerarquía católica la preeminencia de sus propios tribunales. Parece, pues, que la aproximación entre laicos y católicos se efectuará sobre una base de hipocresía.

En segundo lugar, el presidente será juzgado de acuerdo con su actitud frente al problema del desorden universitario. "Comparada con las facultades de Roma, Vincennes es como un cuartel prusiano", declara un profesor polaco, sorprendido por la magnitud de la anarquía contestataria. ¿No se decidió dejar que se pudiera la universidad? Pues eso es lo que ha ocurrido, sólo que en medio del mayor desorden.

Pero ante todo y sobre todo, el futuro presidente tendrá que decidir si le conviene apoyar a ese movimiento que desde hace tres años intenta transformar la sociedad italiana o si, por el contrario, es mejor hacerlo abortar, lo que equivaldría a destruir esa misma sociedad.

# MATRIMONIO, SINDICATOS, RECESION

GILLES MARTINET

La última vez —en el mes de diciembre de 1964— fueron precisas nada menos que veintinueve votaciones para elegir al presidente de la República, Giuseppe Saragat. Un record de todas las categorías en la historia parlamentaria mundial...

La relación de las fuerzas políticas no ha variado sensiblemente entre 1964 y 1971. Ni la democracia cristiana ni la eventual coalición de los partidos de izquierda cuentan con la mayoría absoluta. Un presidente católico necesita un apoyo socialista, incluso comunista. Un presidente «laico» no puede ser elegido sin el apoyo de una fracción importante del partido cristiano.

La oposición entre católicos y «laicos», que parecía haberse debilitado en los últimos años, cobra nuevo vigor a causa de un «affaire» singular: el del divorcio.

## MATRIMONIO Y CONCUBINATO

En el mes de diciembre de 1970, los parlamentarios comunistas, socialistas, social-demócratas, republicanos y liberales consiguieron que se aprobase en el Parlamento una ley por la que se introducía (con muchas reservas y limitaciones) el divorcio en Italia: la ley Fortuna-Baslini. Parte de los demócratas cristianos aceptaron el hecho consumado. Pero los católicos integristas, apoyados por los neofascistas, organizaron una campaña de recolección de firmas tendente a conseguir que la ley fuese sometida a referéndum.

Fue fácil reunir el mínimo de firmas exigido por la Constitución (500.000), por lo que el referéndum ha de celebrarse en principio.

Nada más que en principio, pues ni a los dirigentes de la democracia cristiana ni a los de los partidos laicos les interesa en realidad. Tal consulta dividiría, en efecto, al país en dos bloques (por un lado, la izquierda más los liberales; por el otro, la democracia cristiana más los neofascistas). Sería el fin de la experiencia del centro-izquierda. El referéndum puede, por otro lado, afectar seriamente al propio sistema parlamentario, al mostrar claramente las diferencias que separan a la masa de electores católicos, firmemente opuestos al divorcio, de los diputados cristiano-demócratas, mucho más favorables a un compromiso. Por todas estas razones, los políticos tratan de evitar un referéndum.

Pero, ¿cómo arreglárselas? Los Italianos siempre han sido un pueblo ingenioso y lleno de recursos. La petición, recuerdan los partidos «laicos», se refiere a una ley determinada. Suprimamos, pues, la ley, y la petición ya no tendrá razón de ser; el referéndum será inútil. ... Después votaremos una ley bastante similar, aunque con ciertas modificaciones tendentes a tranquilizar a los dirigentes de la democracia cristiana. Estos se han reunido varias veces para examinar la posibilidad de un compromiso, y aunque se declaran hostiles al principio del divorcio, parecen estar dispuestos a votar los aspectos más «nocivos» de la ley en cuestión. Los que proponen los partidos «laicos» (concesión al juez de un mayor margen de libertad para prolongar los plazos de separación, medidas para evitar los divorcios repetidos, garantías referentes a las pensiones alimenticias, etcétera) les parecen naturalmente insuficientes. Quisieran que sólo pudiesen divorciarse los casados civilmente (este tipo de matrimonio está considerado por la Iglesia como un simple concubinato) y no los casados por la Iglesia. Los laicos no aceptan esta propuesta. Las negociaciones entre éstos y los representantes de la democracia cristiana se han prolongado extraordinariamente. Y, la ausencia de resultados va a pesar sobre la elección presidencial.

## LA ESTRATEGIA COMUNISTA

De entre los partidos laicos son los comunistas quienes demuestran un mayor espíritu de conciliación o, como dicen sus asociados, de concesión. Es natural, puesto que se han propuesto como objetivo entrar en el gobierno.

En 1964, los comunistas contribuyeron a la elección de Saragat. Ahora, en 1971, desean formar parte nuevamente de la mayoría presidencial. Por razones de unidad, primero votarán por un candidato socialista (De Martino, Pertini o el viejo Nenni), pero están dispuestos a apoyar a un demócrata-cristiano (preferentemente a Moro o Leone, y eventualmente a Fanfani, a pesar de sus nuevas alianzas con la derecha) si éste solicita oficialmente sus sufragios como hizo Saragat (cuyo nombre podría volver a surgir si las votaciones se prolongasen demasiado).

Sería, sin embargo, un error creer que la actitud de los comunistas italianos es simplemente táctica o parlamentaria. Dos acontecimientos recientes subrayan el alcance de su evolución.

Hace poco tiempo se celebró en Roma un coloquio titulado «Los comunistas y Europa», durante el cual, el ponente, Giorgio Amendola, hizo la declaración que sigue: «Frente a la aparición de nuevos centros de poder multinacionales, no podemos contentarnos con reafirmar los derechos de los Parlamentos nacionales, que son prácticamente incapaces de ejercer el control necesario. Hay que considerar la creación de un Parlamento europeo con plenos poderes y elegido según una ley electoral única... La verdadera revolución política europea se habrá realizado cuando se consiga votar en Londres, en Roma, en Bonn y en París el mismo día».

El mismo día en que Amendola presentaba su informe sobre Europa, en Florencia se estaba desarrollando un acontecimiento de mayor trascendencia. Los consejos nacionales de las tres centrales sindicales, la C.G.I.L. (socialista-comunista), la U.I.L. (social-demócrata) y la C.I.S.L. (católica), fijaba las etapas de su unificación. A finales de 1972 celebrarán estas organizaciones su último congreso, y a partir de primeros de 1973 se constituirán en todas partes sindicatos únicos.

Para llegar a este acuerdo, los comunistas han aceptado la extensión a todos los niveles de la organización de la incompatibilidad entre los cargos sindicales y las responsabilidades políticas. Millares de militantes habrán de abandonar de aquí a un año todos los puestos que ocupan en el partido. Esta concesión no habría bastado si, en determinado número de sectores, no se hubiese demostrado ampliamente que la proyectada unidad entrañaba una transformación del comportamiento de los sindicalistas comunistas, muchos de los cuales conceden ahora una importancia decisiva a la creación de nuevas estructuras democráticas.

## LA AMENAZA ECONOMICA

La realización efectiva de la unidad depende, no obstante, de una serie de factores aleatorios. Los estados mayores de la democriacristiana y de la social-democracia tratarán de retrasarla y si es posible diferirla sine die. Un factor importante influye favorablemente en orden a la unificación: el agravamiento de la situación económica, que obliga al movimiento obrero a cerrar filas tanto frente a los patronos como frente al gobierno.

Por debajo de los episodios políticos, el gran problema que afecta actualmente a Italia es el de la amenazante recesión económica. En 1971, el incremento de la renta nacional no llegó al 3 por 100. Lo que provocó, en el único país industrial europeo que cuenta aún con un excedente de mano de obra, un aumento del paro obrero. En las listas oficiales hay inscritos 600.000 parados, y el número de trabajadores eventuales ha aumentado en más de 300.000 desde principios de año.

Continúa, por otro lado, la escalada de los precios (más del 5 por 100 en un solo año) y son muchas las empresas en crisis. Es verdad que esta coyuntura no es exclusiva de Italia. Pero la economía de este país es en muchos sentidos más frágil y nerviosa que la de los otros países europeos.

Ahí radica la principal si no la única incógnita de la situación italiana. ■